

¿Qué le pedimos al euro?

JUAN E. IRANZO*

La preferencia de Europa por los regímenes cambiarios fijos tiene su raíz en la experiencia del período de entreguerras, en el que las naciones utilizaron el tipo de cambio como instrumento para alterar las ventajas comparativas relativas, en unos casos, o como barrera para limitar las relaciones comerciales con el resto del mundo, en otros. Éste fue un elemento más de las fuertes tensiones existentes entre los países más relevantes del continente. Son muchos los autores que denominan el momento económico actual con el sobrenombre de “reino de la incertidumbre”. Este calificativo podría parecer exagerado y, aunque requiere ciertas matizaciones, no está

alejado de las circunstancias que mejor describen hoy el desenvolvimiento de los acontecimientos económicos mundiales. Esta apreciación poco tiene que ver con lo que señalan algunos autores acerca de los riesgos de la globalización como tal, sino más bien con el hecho indiscutible de que difícilmente encontramos otro período como la última década del siglo XX en el que se haya producido tal cúmulo de cambios en las estructuras económicas nacionales e internacionales. La reafirmación del mercado, la apertura exterior y la liberalización de los flujos comerciales y, fundamentalmente, la constitución de unos mercados globales de capitales, que funcionan al margen de las

* Director General del IEE.

fronteras de los Estados y que, rápidamente, se han convertido en jueces y jurados de las políticas económicas, conforman una serie de transformaciones en el ordenamiento económico que obligatoriamente tenía que desembocar en alguna inestabilidad, mayor incertidumbre y cierto desasosiego social. A lo que hay que añadir el impacto del 11 de septiembre.

A efectos de la creación de un auténtico mercado único en Europa, la fuerte volatilidad de los tipos de cambio que provoca la movilidad libre de los capitales es, en principio, un factor de incertidumbre que puede empañar las ventajas de la integración de los mercados, y por cuanto dificulta los flujos comerciales puede ser un elemento disuasorio en las decisiones de transacción e inversión de los agentes.

Para consolidar un auténtico mercado único europeo es necesaria una sola moneda que elimine la incertidumbre cambiaria, reduzca los costes de transacción y establezca un sistema de precios absolutos. La moneda única, por consiguiente, es un factor que favorece la certidumbre en las relaciones comerciales de los países participantes y, en esa medida, pone los cimientos para lograr un crecimiento sostenido de la renta a medio plazo sin grandes desequilibrios macroeconómicos. El euro, en este caso, ayuda a eliminar los factores desestabilizadores que se derivan de las fluctuaciones erráticas y especulativas de los tipos de cambio, que tan negativamente afectan a economías tan integradas como las europeas. Se trata, en definitiva, de apelar a las ventajas clásicas que se atribuyen a la pertenencia a una zona de estabilidad cambiaria. Asimismo, la existencia de diferentes monedas provoca importantes costes de transacción, que lógicamente perjudican a los agentes económicos en

general y, especialmente, al consumidor final. Se estima que la introducción del euro representa un ahorro anual del 0,3% del PIB. El mantenimiento de diferentes monedas impide la consecución de un auténtico mercado, puesto que se mantiene un sistema de precios elástico, para el conjunto de bienes y servicios “velo cambiario”. La introducción de una sobremonedas establece un sistema de precios absolutos que auténticamente consolidan un mercado. La entrada en vigor del euro el 1 de enero del 99, consolidó estos objetivos, si bien la no obligación ha retrasado el establecimiento de un sistema de precios absolutos y no han disminuido tanto los costes de transacción hasta que el próximo día 1 de enero no se utilice el euro físico.

Debe favorecerse la racionalidad económica

La clave de la sostenibilidad de los regímenes de tipos de cambio fijos descansa, por consiguiente, en la coherencia de las políticas económicas nacionales con el objetivo de integración exterior, sobre todo si existe la libertad de movimientos de capitales. La moneda única es un paso fundamental en la senda de la disciplina y la ortodoxia en la política económica. Con una sola moneda, las alternativas de política económica son bastante limitadas. Primero, la política cambiaria desaparece completamente, puesto que pasa a ser articulada totalmente por la autoridad europea para el conjunto de la Unión. Segundo, la política monetaria pasa a ser administrada desde el Banco Central Europeo.

La situación de la política presupuestaria no es muy distinta, aunque ella permanecerá en manos de los gobiernos nacionales. Pero los grados de libertad que dejan las nuevas condiciones son también escasos. Si la política monetaria se orienta a garantizar la estabilidad

general de los precios, la política fiscal no puede hacer otra cosa que asegurar un crecimiento ordenado de la demanda agregada, que apoye al Banco Central Europeo en la consecución del objetivo general de reducir la inflación.

En este contexto se inserta la idea del presupuesto equilibrado. Puede pensarse, sin embargo, que la expansión fiscal tendría consecuencias menos negativas dentro de la Unión Monetaria que fuera, puesto que una parte de los efectos inflacionistas se comparten con el resto de las naciones participantes. No obstante, la realidad es justo la contraria. Aunque se pueda encauzar una parte de la inestabilidad generada hacia el exterior, la aceleración del gasto público incrementaría la demanda agregada sin que pudiera encontrar recursos suficientes para financiarlo. Este argumento inadecuado se traduciría por tanto en una elevación inmediata de los costes internos y, en consecuencia, en un deterioro de la capacidad competitiva que, como se sabe, sólo se puede resolver con una moneda única, mediante la destrucción de capacidad instalada y empleo. Y no se puede apelar a la ayuda exterior para aliviar las tensiones sociales provocadas por esta política, pues la Unión no contará con un sistema de transferencias fiscales que dulcifique el coste de los apuntes.

La política de rentas también debería modificarse para adaptarse a este entorno. La Unión Monetaria supone la supresión de todos los obstáculos —sin excepción— que limitan la competencia entre las empresas europeas. La base esencial de esa competencia es la productividad de los fabricantes, es decir, la capacidad de cada uno para producir mejor al mejor precio posible los bienes y servicios. Lo relevante, por tanto, es enfrentar realmente las estructuras de costes de las empresas. A este respecto, juega un papel crucial la labor

de los agentes sociales y su capacidad para reconducir el proceso de formación de precios y salarios en un sentido distinto del tradicional. La indicación de las rentas, la centralización de la negociación salarial, el mantenimiento de estructuras remunerativas del trabajo basadas en criterios ajenos a la productividad y el esfuerzo individual, son prácticas del pasado que no se pueden extrapolar al futuro. Las organizaciones sindicales deben aprender a manejar la productividad como indicador básico para determinar sus demandas salariales por sectores y empresas. Los empresarios deben considerar que la competitividad es un concepto completo que no depende exclusivamente de las ventajas coyunturales vía precios, sino más bien, en un mundo como el actual, son el resultado también de la mejora en la calidad del capital productivo y de la mano de obra. En este sentido, la moneda única fuerza modificaciones en los hábitos de los agentes que conviene considerar.

Las políticas de regulación de la demanda tienen escasa aplicación en el escenario que dibuja la integración monetaria europea y la globalización de los mercados. Por consiguiente, sólo queda como alternativa mirar hacia políticas que estimulen la oferta como base para garantizar la competitividad, el crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo estables y bien remunerados. Ha llegado el momento, por tanto, de intensificar las reformas estructurales, cuyo objetivo no es otro que la introducción de mayores dosis de competencia en los mercados de bienes, servicios y factores, que todavía continúan protegidos. La Europa continental tiene aquí la necesidad de flexibilizar su sistema económico, en algunos países, y enfrentarlo con éxito al desafío americano. La flexibilidad no sólo es importante de puertas afuera, sino que es también de enorme interés para cada

economía dentro de la Unión Monetaria. La cumbre de Lisboa del 2000 abrió el camino que fue obstaculizado en Suecia el pasado semestre.

El concepto de flexibilidad se utiliza en economía para describir la capacidad de adaptación de un sistema económico a los cambios que se suceden en el entorno, bien como consecuencia de las variaciones en las preferencias de los consumidores o bien como resultado de las modificaciones en las condiciones tecnológicas. El término, precisamente, cobra actualidad en un momento en el que la demanda muestra una evolución bastante errática y la técnica está sometida a revoluciones constantes que, en la mayoría de los casos, implican innovaciones radicales que afectan a los procedimientos de producción más elementales.

Mayor presencia como moneda internacional

En el ámbito de la economía mundial, la moneda única europea permitirá a la Unión disfrutar de un mayor peso en las negociaciones internacionales de todo tipo, y reforzará su influencia en las relaciones económicas tanto en Estados Unidos y Japón como con los países en vías de desarrollo. El euro podría convertirse perfectamente en el contrapeso natural del dólar y el yen en el conjunto de las relaciones comerciales y financieras. Los argumentos que avalan estas afirmaciones tienen su raíz en dos cuestiones esenciales. Primero, el euro, con seguridad, gozará de una estabilidad superior a la de todas las divisas europeas, a excepción del marco, y segundo, el tamaño de la UEM es similar a Estados Unidos. Sin embargo, está pendiente de definirse el papel que jugará internacionalmente y el impacto que está

teniendo su aparición en el funcionamiento de la economía mundial.

Debe convertirse en moneda reserva

Si se hace todo el esfuerzo necesario para dotar de credibilidad a la nueva moneda, resulta lógico esperar que ésta se convierta con bastante rapidez en la segunda divisa más utilizada a nivel mundial, después del dólar americano. Los bancos centrales cambiarían una parte de las reservas que poseen para denominarlas en euros y los mercados financieros están realizando una parte creciente de sus operaciones en la divisa europea que, en el año 2000, superó a los cambios en dólares. Estos cambios se harán a costa de reducir la presencia del dólar. La única duda tiene que ver con el ritmo al que se producirá esta transformación. No obstante, a pesar de estos datos, resulta difícil suponer que el euro pueda superar al dólar como moneda refugio y reserva, al menos en el corto plazo.